

Jonathan Neale, *Cómo detener el calentamiento global y cambiar el mundo*.

No es posible detener por completo el cambio climático. Pero sí lo es impedir una catástrofe climática, esto es, los rápidos procesos de retroalimentación que conducen a un “cambio climático abrupto”. Si no impedimos ese cambio abrupto, muchas especies se extinguirán y cientos de millones de seres humanos morirán a causa de las sequías, el hambre, la carencia de agua, las enfermedades, la represión y las guerras.

El causante fundamental del calentamiento global es el dióxido de carbono (CO₂) procedente de la combustión del petróleo, el gas y el carbón. Para estabilizar el CO₂ del aire a niveles seguros es necesario reducir esa combustión en los países ricos al menos en un 80% por persona en el curso de los próximos 30 años como máximo. Es difícil, pero posible. Para hacerlo, hay que cubrir el planeta de turbinas eólicas e instalaciones de energía solar. Además, hay que reducir el uso de energía. Como las edificaciones, el transporte y la industria son los mayores consumidores de energía, las soluciones fundamentales para conseguir esa reducción consisten en instalar aislamiento térmico en las viviendas, apagar los aires acondicionados, reemplazar los autos por autobuses y trenes, y regular la industria.

George Bush y otros dirigentes mundiales han afirmado que esos cambios no se pueden realizar. Serían muy costosos, dicen. Los norteamericanos perderían empleos, señaló Bush. Se produciría un descenso drástico de nuestro nivel de vida que las personas comunes y corrientes nunca aceptarían, afirman. Por tanto, argumentan que nada pueden hacer los políticos.

Pero detengámonos un momento. Pensemos en lo que significa “muy costoso”. Significa pagarles dólares, libras y rupias a trabajadores reales para construir turbinas eólicas, instalar aislamiento térmico en las viviendas y tender líneas de ferrocarril. Muy costoso significa más empleos.

Consideremos lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. Todas las grandes potencias transformaron el conjunto de sus economías para fabricar armamentos y matar el mayor número posible de enemigos a fin de ganar la guerra. Ello significó millones de nuevos empleos y el fin de la Gran Depresión. Debemos hacer lo mismo otra vez, en una escala global, pero ahora para salvar tantas vidas como sea posible. El dinero no falta. El mundo invierte un billón de dólares anuales en armamentos y gastos militares. Hay suficientes personas que necesitan esos empleos. No se requiere realizar sacrificios para detener el calentamiento global. Por el contrario, debemos combatir a fondo la pobreza global.

Sin embargo, casi todos los gobiernos y las corporaciones del mundo se han dedicado los últimos treinta años a abogar por el “neoliberalismo” y la “globalización”. Esas palabras complicadas se traducen en unas pocas ideas sencillas. La primera es que “lo privado es bueno, lo público es malo”. La segunda, que “los beneficios son más importantes que las necesidades humanas”. La tercera y más importante, que “puede que a usted no le guste el mercado, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. No hay alternativa.”

La insistencia en que no se le puede ofrecer resistencia al mercado es la idea dominante del sistema en nuestros días. Es el arma más poderosa con que cuentan hoy los ricos y los poderosos. No la cederán con facilidad. Si los gobiernos intervienen a favor del clima en una escala global, hombres y mujeres de todas partes del mundo se preguntarán: “Si podemos hacer esto por el aire, ¿por qué no por los hospitales? ¿Por las escuelas? ¿Por mi pensión?”

Los ricos y los poderosos no quieren que se hagan esas preguntas. Algunas corporaciones tienen, además, razones específicas para oponerse a toda acción efectiva a propósito del calentamiento global. En el año 2007, Wal-Mart era la mayor corporación del mundo, seguida por Exxon Mobil (2), Shell (3), British Petroleum (4), General Motors (5), Toyota (6), Chevron (7), DaimlerChrysler (8), Conoco Phillips (9) y Total (10).¹ Son seis compañías petroleras, tres compañías automovilísticas y una cadena de tiendas suburbanas que cuentan con grandes estacionamientos. También son un compendio formidable de poder empresarial. La acción encaminada a detener el cambio climático implicaría su muerte corporativa.

Bush, Cheney y Rice son representantes de esas corporaciones del carbono y hacen todo lo posible para impedir las acciones destinadas a contrarrestar el cambio climático. Pero ya son muchos los ricos y los poderosos que quieren que se adopten esas acciones. Después de todo, son los dueños del mundo y no quieren que se destruya. No obstante, no se atreven a desafiar al mercado. Por tanto, las medidas por las que abogan no bastan, ni de lejos, para solucionar el problema. El protocolo de Kyoto, por ejemplo, insta a realizar reducciones del 5% –cuando lo que se requiere es una disminución de al menos 60% globalmente–, e incluso ese 5% no es obligatorio. O considérese el film de Al Gore, *Una verdad incómoda*. Los primeros 90 minutos constituyen un alerta magnífica y terrible. El último minuto trata acerca de lo que se debe hacer: una relación de acciones muy menores que no le darán un vuelco a la situación.

Pero si no actuamos, el poder del mercado y las corporaciones convertirá los desastres climáticos en catástrofes humanas. El calentamiento global se traducirá en olas de calor, supertormentas, inundaciones y sequías. En la sociedad global existente, una mala cosecha en un país pobre significa muertes por hambre. En la sociedad global existente, los migrantes forzados se topan con fronteras vigiladas por policías armados de ametralladoras. Las tiendas de campaña de los campamentos de refugiados se extienden kilómetros y kilómetros, y permanecen en pie durante varios años. Del otro lado de la frontera, aumenta el racismo para justificar la exclusión de los necesitados.

En nuestra sociedad actual, el calentamiento global se traducirá en enfrentamientos armados. Cuando cambie la correlación de fuerzas mundial, las grandes potencias y los pequeños países irán a la guerra para recomponerla. Hoy por hoy somos testigos de las guerras por el petróleo. Seremos testigos de las guerras por el agua.

Los recientes desastres climáticos en Nueva Orleans, Darfur, Bangladesh y muchos otros sitios no son más que un anuncio del futuro.² Los ricos y los poderosos

intentarán que los demás paguemos el precio del cambio climático. Los pobres se matarán entre sí por las migajas restantes, y el decoro humano perecerá en las aguas desbordadas.

En resumen, contamos con la tecnología necesaria para resolver el problema, pero las corporaciones y los poderosos no pueden o no quieren actuar. Por tanto, es necesario movilizar la única fuerza que puede enfrentárseles: la de los seis mil millones de habitantes del planeta.

Hasta el momento, los ambientalistas se han dedicado fundamentalmente a hacer trabajo de cabildeo en los gobiernos y a educar a la opinión pública. Ahora necesitamos un movimiento de masas que obligue a los políticos a actuar, o que los reemplace por otros que estén dispuestos a hacerlo. Ese movimiento ha comenzado a organizarse. Aún es pequeño, pero está presente en todos los continentes y crece rápidamente.